

## **SOPA FALSA DE TORTUGA**

Como cada jueves a las seis en punto, la cena iba a servirse en el salón de las garzas azules; la habitación más amplia y noble de toda la casa.

El frío parecía envolver la mesa con un vapor invisible, ya que la descomunal chimenea de piedra tallada, la encargada de caldear la estancia, seguía apagada en señal de duelo, un largo luto al que le faltaban cuatro meses para cumplir el año estipulado tras la muerte de mi abuelo.

A pesar de que esa tarde mi abuela había sufrido una leve indisposición, que le impedía acompañarnos, el menú, como siempre, fue elegido por ella, dueña y señora de la tradición familiar y de la voluntad de todos nosotros.

Mamá, invariablemente glamurosa, ausente y envuelta en un Balenciaga negro, ya ocupaba su sitio en la mesa cuando mis hermanos y yo, enlutados y en silenciosa procesión infantil, llegamos a la sala. Nos sentamos uno a uno y por orden de edad. Primero los pequeños, a los que había que ayudar a subir a las sillas, y yo, como hija mayor, me sentaba la última.

Justo cuando la sopa falsa de tortuga empezaba a respirarse en el ambiente, y mis náuseas ante semejante plato quedaban en evidencia, papá entró sonriente en el salón, sabiendo que la ausencia de la abuela le daba carta blanca.

Llevaba un vestido de mujer, un talle bajo en color blanco, un collar de perlas, los labios pintados de rosa y unos zapatos de tacón que resonaban como campanillas.

Mi madre, que fumaba un cigarrillo con boquilla de marfil, lo miró de arriba abajo con total indiferencia mientras le decía:

—Cariño, tu madre jamás admitiría que abandones ahora el luto.